

La obstinada dictadura y la fantasía del Estado en Chile

Notas a partir del pensamiento de Walter Benjamin y Slavoj Žižek

Dasten Julián Vejar*

Al cumplirse 40 años del golpe militar de 1973, la sociedad chilena parece haber desarrollado estrategias para sobrellevar el duelo, la carga que significa la imposición de una dictadura militar y la introducción de “la revolución neoliberal”. En este artículo revisamos y ponemos en entredicho algunos hechos que en los últimos cuatro años han reabierto el debate sobre la memoria oficial del país y el obstinado legado político, institucional y económico de la dictadura militar para la producción de discursos políticos con respecto a la historia y la sociedad.

Palabras clave: fantasía, memoria, dictadura, ideología.

THE STUBBORN DICTATORSHIP AND THE STATE'S FANTASY IN CHILE NOTES FROM THE THROUGH OF WALTER BENJAMIN AND SLAVOJ ŽIŽEK

40 years after the military coup of 1973, Chilean society seems to have developed strategies to cope with the grief, the burden and the consequences that the imposition of a military dictatorship and the introduction of “neoliberal revolution” had for its transformation. We review and put into question some facts that in the last four years have reopened the debate on the official memory of the country and the stubborn political, institutional and economic legacy of the military dictatorship for the production of political speeches concerning the history and society.

Key words: fantasy, memory, dictatorship, ideology.

* Agradezco los comentarios y notas a este artículo del profesor Emilio Moya.

INTRODUCCIÓN

Las historias pueden quebrar la dignidad de un pueblo, pero también las historias pueden ayudar a reconstruir esa dignidad rota.

CHIMAMANDA ADICHIE

La sociedad chilena posee un imaginario social que, como una caja de resonancia, parece evocar permanentemente una voz que organiza, reproduce y dispone de una historia estructurada como permanente rememoración –en presente. La denominada por Tomás Moulián “revolución capitalista” en Chile, constituye un conjunto de hechos, fenómenos y relaciones que siguen vigentes y marcando la (re)producción social de la sociedad chilena, haciendo eco de la continuidad de una polarización estructural-económica entre las clases sociales y de la totalidad de la matriz social por más de cuatro décadas (Moulián, 2001:25-36).

Aun así, en los últimos tres años han re-emergido tensiones y conflictos sociales en materias como educación, salud, medio ambiente, etcétera, con la presencia y activación de movimientos sociales y de una “sociedad civil” más dinámica, lo cual ha provocado que los procesos de rememoración y construcción de la historia oficial se trastoken. Este proceso, sumado a la conmemoración de 40 años del golpe militar (1973-2013), involucra una mayor complejidad y fluidez a los procesos de rememoración.

La emergencia de estas tensiones en su conflictividad e irresolución en el marco del régimen político actual, y la emergencia de los movimientos sociales, colocan en el centro el legado dictatorial y su continuidad en los gobiernos posdictatoriales y hacen que la rememoración se instale como parte de la “agenda política”, cobrando centralidad y visibilidad en la definición de las materias públicas hoy en discusión.

Es aquí donde se instalan las coordenadas para entender los conflictos, contradicciones y fracturas entre los discursos de las clases sociales al configurarse un contexto que interpela a interrogarse si la permanente *rememoración* es atingente o contingente en un contexto que, si bien se caracteriza por “la novedad” y “lo novedoso” (los nuevos actores, nuevos movimientos, etcétera), también se encuentra sujeto a un constante conflicto en la producción de significados “democratizadores” con respecto a los ya instalados en la “historia oficial”.

A nivel político, las preguntas por la *rememoración* como una evocación (publicitaria) de una “maquinaria política” (de la nostalgia), involucran considerar el “retorno de lo reprimido” como producto patológico causado por un “trauma social” de gran envergadura, el cual viene a desnudar, en las fracturas y segmentos de la memoria colectiva (oficial), un nuevo debate respecto a: 1) la continuidad de la dictadura en

el proceso “transicional-democrático”; y 2) su importancia en la constitución de los mismos actores sociales, sus prácticas y discursos en el Chile de hoy.

A partir de este diagnóstico, el cual está relacionado con la viscosidad del pasado para impregnar el presente, es que pretendemos identificar algunos de los discursos y objetos que se encuentran en el ejercicio de rememoración, así como el movimiento de posiciones políticas frente al recuerdo, y los cambios en materia de enunciación de parte de las coaliciones políticas en Chile en el periodo de 2010 a 2014.

Creemos que este ejercicio crítico y reflexivo, apoyado en las tesis de la historia de Walter Benjamin y la propuesta teórica de Slavoj Žižek, permitirá transparentar las relaciones de poder y de clases que soterran el abordaje público de la dictadura militar, así como la carga simbólica que representa para el campo político, económico e institucional en Chile. Este texto señala la importancia y vitalidad de la máquina de nombrar y rememorar que constituye el Estado, interrogándose por tres hechos particulares en el presente de la sociedad chilena: *a)* la distorsión entre dictadura y régimen militar realizada por el ministro de Educación Harold Bayer en 2012; *b)* el “regreso de la violencia política” en el debate entre el Partido Comunista, el gobierno (UDI-RN) y los movimientos sociales; y *c)* la exhumación de iconos de la Unidad Popular como acto político de restitución del pasado.

Nuestro objetivo se concentra en dar cuenta de los silencios, las perturbaciones, las complicidades y los conflictos que están presentes en el esfuerzo ideológico de volver la memoria y la historia oficial un elemento consensuado y cómodo de legitimación política. Nos concentramos en retrotraer lo molesto y ruidoso de este consenso implícito de la rememoración en Chile, lo que ha incurrido en el silenciamiento del conflicto entre las clases sociales, por medio de lo que hemos llamado “la voz en *off*”.

Referente a este objetivo, nuestra tesis se vuelca a la importancia que tiene “lo rememorado” el día de hoy para la legitimación del sistema político y sus actores, por medio de la obstinada fuerza instituyente de la dictadura militar (1973-1990), y se reconocen los ejercicios del poder para re-instalarse como una amenaza que cubre los procesos de rememoración y la re-emergencia del conflicto social (Garreton, 2003:215-230). Nuestro artículo ofrece algunas coordenadas en pos de revelar esta contradicción y de indagar en lo subterráneo de este ejercicio ideológico.

REMEMORACIÓN. NUESTRA “VOZ EN *OFF*” EN WALTER BENJAMIN

La rememoración del pasado sólo puede ser comprendida como mediada por el mismo presente (*Jetztzeit*), y en la violencia simbólica con que se organiza “la voz” del poder, con el fin de mandar los procesos de simbolización y significación

(Hamacher, 2005:36-68). Este es un proceso político y social en el que las clases sociales son las que definen, en el ejercicio del poder y por medio de su interrelación/definición, “lo recordable”, “lo olvidable” y “lo reproducible”, así como los medios (no) institucionales para la realización de este proceso (White, 2002:14).¹

En el caso de Chile, con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 se consagraba la derrota del proyecto socialista de la Unidad Popular de Salvador Allende. Con ello se iniciaba la imposición de la expresión originaria del modelo neoliberal en Chile, instalado en tiempos de dictadura militar (1973-1990), lo cual constituyó un proceso de: *a*) reestructuración industrial con una marcada dualidad en la estructura productiva; *b*) la configuración de nuevos actores sociales; *c*) la introducción de un nuevo conjunto de sentidos que prefiguraron disciplinarmente la sociedad chilena; *d*) la fuerte y desregulada introducción del capital trasnacional y la privatización de 725 empresas estratégicas del Estado (Codelco, Iansa, etcétera); *e*) una heterogeneidad estructural y una desigualdad social, política, económica, étnica y de género, con serias consecuencias e impactos en materias referidas al bienestar social.

La dictadura militar desató un conjunto institucional de medidas que promovieron la precariedad sistémica de la vida, desde la persecución, la inseguridad y la eliminación física, hasta la violencia de la privatización de los frágiles derechos alcanzados por la red social de protección en emergencia. En este contexto, se configura lo que hemos llamado la “voz en *off*”, particularmente en la inscripción histórica de “el legado” dictatorial (como el terrorismo de Estado, la pauperización social, la precarización laboral, la eliminación física, etcétera).

El legado dictatorial está compuesto por hechos que, siendo significados actualmente por una matriz discursiva “democrática liberal” en búsqueda de legitimidad, tolerancia y construcción de *acuerdos* —en un presente insostenible e ingobernable—, no pueden ser borrados por quienes ejercieron el poder en la dictadura militar, ni para quienes fueron *sujetos-al-poder* y la constricción de sus “dispositivos”, consecuencias y resultados.

Ante esta “necesidad”, la “voz en *off*” puede ser entendida tanto como la capacidad de nombrar el “objeto del recuerdo” (x), como de apropiarse de “lo verdadero”, en términos de “objetividad”, o a modo de lo que al referirse a las obras de arte Walter Benjamin (1989) llama el “aura” —“manifestación irrepetible de una lejanía”—, en dar

¹ Un buen ejemplo lo constituye la historiografía, la cual según Hayden White (2002:14) “sirve al sistema de domesticación y disciplinamiento de la sociedad”, en donde “su función ha sido, las más de las veces, disciplinar y adaptar la memoria ciudadana del pasado a lo que un grupo dominante en el poder exige de sus ‘sujetos’”.

cuenta, suturar y tejer un ordenamiento –lógico-causal y lineal– de los acontecimientos, a partir de una contradictoria relación entre saber-poder, la cual proyecta una distancia con respecto a “x” a la vez que se apropiación y “ nombra” su significado.

En otras palabras, la “voz en *off*” opera como una formulación y proyección de la hegemonía, como monopolización de la memoria y “lo memorable”. Ésta funge como un conjunto de significados atados que reproducen y socializan la ideología dominante ejerciendo su poder en el espacio del “sentido común” (Laclau y Mouffe, 2014); la cual, articulada “coherentemente” por la clase dominante, cumple con el objetivo de “legitimar” y “validar” el ejercicio de su poder, así como la movilización del capital político y económico para (no) intervenir –de determinada manera– las prácticas sociales.

Por su parte, este proceso visibiliza el “concepto” ficcional de *sociedad*, como creación organizada, unitaria, coherente, homogénea y cohesionada. Esta ficción constituye la síntesis del mandato de “la voz en *off*”, de acuerdo con la pretensión de soterrar y esconder el conflicto entre las clases sociales, las desigualdades y la permanente reubicación de sus actores, discursos e intereses, a partir de la afirmación de una “memoria país” (Garreton, 2003:215-230).

La *entonación* de esta voz, como proceso de tensión dialéctico entre los actores sociales por definir “lo objetivo” de la historia, lo que Benjamin llama “los bienes de cultura como botín de guerra” (Sánchez y Piedras, 2011:22)² vuelven problemáticas las tensiones por significar, explicar, justificar y evocar la historia, y vuelve la “memoria oficial” *objeto* (*a*), en términos lacanianos, de un conflicto político, en la obstinada tarea de dar cuenta de un presente que se muestra para los sujetos y actores sociales, principalmente los subalternos, como in-sostenible, “extraño” y ajeno –en su necesidad de *coherencia*, *identificación* y *pertenencia*. Mientras que, por otra parte, para la clase dominante y la institucionalidad política, “el presente” constituye un desafío a la “crisis de gobernabilidad” de “lo ingobernable”: hacer próximo y propio lo ajeno.

Para este desafío, “hacer propio lo ajeno”, con el regreso a la democracia en 1990, la coalición de partidos de la Concertación constituyó y desempeñó un rol estratégico en la transición política, la estabilización y legitimación de la restructuración económica

² Con esto hacemos mención a lo señalado por Walter Benjamin en la Tesis VII de sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*: “Todo aquel que hasta el presente día logró la victoria marcha en el desfile triunfal que conduce a los hoy dominadores por encima de quienes hoy yacen por tierra. El botín, como siempre ocurrió, también va en el desfile triunfal. Se le designa como bienes de cultura”.

iniciada con el golpe de Estado.³ El nuevo bloque en el poder desarrolló un papel ideológico de promotor del consenso, el diálogo y la democracia, con el telón de fondo de la continuidad y consolidación de las políticas neoliberales en materia económica y social, lo cual formó parte de una readecuación y transformismo de las posiciones políticas y discursos de los partidos de centro e izquierda en Chile, junto con el fin del “socialismo real” y la caída del Muro de Berlín en 1989.

A modo general, la novedad de estos últimos cuatro años, grafica en la ruptura de la continuidad de los gobiernos de la concertación (1990-2010), con la victoria de Sebastián Piñera en las elecciones presidenciales de diciembre de 2009. La coalición conservadora, la Alianza por Chile, formada por el partido Unión Demócrata Independiente (UDI) y el partido de Renovación Nacional (RN), sector que funcionó cooperando en la arquitectura del gobierno militar como una casta política, administrativa y burocrática, y que fue instituido por las vías electorales del poder presidencial.

Esta ruptura estuvo marcada por la emergencia de los movimientos sociales en 2011, que contaban con un impulso de renombrar la realidad y de reconstruir la memoria, enfocándose en la crítica a la continuidad del “legado dictatorial”, en la administración y la arquitectura económica, política, institucional, etcétera, y en la emergencia de una nueva matriz de derechos sociales como reivindicaciones comunes que aglutinaban derechos tales como educación, salud y medio ambiente (Garcés, 2012).

Paradójicamente, las vías “institucionales” que imponen en Chile el poder presidencial, legislativo, etcétera, son el mismo resultado instituyente del “legado dictatorial” –por ejemplo, el sistema de elección binominal–, que articulan de forma contradictoria la composición del imaginario social chileno posdictadura por los enclaves del autoritarismo (Garreton, 2003). Las consecuencias de esta contradicción sólo pueden ser advertidas en el contenido de “lo reprimido” y su proyección en materia de discursos como “democracia”, “democratización” y “memoria” en relación con el mandato de esta “voz” que nombra fantasmáticamente el *objeto a* de su deseo.

En su dimensión política, esta situación nos introduce en el caso de la interpelada posición (de deseo) de la casta política de la coalición de derecha que gobernó Chile entre 2010-2014, ya que en muchas ocasiones se encontró forzada a preguntarse:

³ La coalición de partidos de la Concertación se formó el 2 de febrero de 1988, incluyó al Partido Demócrata Cristiano, el Partido Radical, el Partido Socialista, el Partido por la Democracia y varias otras organizaciones partidarias –las que final y paulatinamente fueron abandonando la coalición.

¿cómo superar y borrar la carga simbólica negativa que proyecta sobre sí misma la dictadura militar en su permanente inmanencia y evocación?, ¿cómo intervenir el ejercicio de la memoria y su permanente *rememoración* en relación con “lo nefasto” de la dictadura militar?, ¿cómo, a pesar de lo anterior, expandir su “credibilidad” (*su-verdad*) y su pretensión de reconocimiento como coalición de “centro-derecha” a un sector de la clase media que desconfía y no se identifica en el discurso pro-empresarial-conservador (valórico) y neoliberal del gobierno? Estas tres preguntas entroncan con una preocupación sustancial de la clase política: su “marca-de-clase”, su propio *habitus* de clase, les impide extender sus bases de legitimación social, ya que estas “marcas” están históricamente moldeadas, arraigadas e inscritas cuatro décadas atrás.⁴

En un tránsito entre posiciones bipolares (la vergüenza y el orgullo; el arrepentimiento y la justificación; la condena y el apoyo) ante un hecho imborrable y del cual, “moralmente”, la sociedad en su gran mayoría asume como estigmatizable y punible, convive un grupo de políticos que, pese a nunca haber sido probada jurídicamente su responsabilidad en atentados a los derechos humanos, apoyaron una dictadura militar que cercenó y no ofreció ninguna garantía de ejercicio democrático, lo cual queda sintetizado en la producción/aprobación fraudulenta, *performativa* y *espectacular* de la Constitución de 1980 (Fuentes, 2013).

Para los partidos políticos de derecha, y sus representantes, las tácticas de “convivir” con “la verdad” es diversa: desde el *desconocimiento* a la *justificación*. Por una parte, hay un sector que alega “no-saber” y “no haber conocido” de las torturas, asesinatos y las desapariciones, lo cual es una forma de reapropiar el pasado y reacomodar su posición de sujeto en él, a modo de no responsabilizarse de las consecuencias del mismo. Mientras que en la otra vereda se encuentra la justificación del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 como parte de una “defensa a la democracia” que pone en juego una red significativa compleja que difícilmente encuentra una coherencia interna, y que se acerca a las paradojas de la “teoría de los dos demonios” en Argentina como forma de legitimación del ejercicio de la violencia militar y de los procesos de amnistía de militares, en un “infierno” bipolar de responsabilidades para explicar la violencia del pasado (Franco, 2014; Barrio, 2005:91-104).

⁴ Finalmente, esta “marca-de-clase” cobra expresión en la pérdida de la aprobación electoral en las últimas elecciones presidenciales, donde la coalición de derecha presentó a una candidata, Evelyn Matthei, que reunía los atributos memóricos de la dictadura, encarnando el conservadurismo y el militarismo en una sola persona. Matthei alcanzó la segunda vuelta y obtuvo 34% de los votos. Esto resultaba lejano a la dimisión en segunda vuelta de las elecciones presidenciales desde la década de 1990 donde los resultados habían sido más estrechos, siempre, en segunda vuelta.

En su “potencia dispositiva” (Agamben, 2011:249-264), la violación de los derechos humanos se encuentra en contradicción con cualquier pretensión de discurso-ejercicio democrático, como pretensión universalista y liberal. He ahí, en esta contradicción en términos de reconocimiento/legitimidad y el ejercicio del poder, es que este grupo de políticos reprime y esconde su biografía, su pensamiento (como núcleo ideológico), su *pulsión* con respecto al poder: su devoción por la dictadura y la autoritaria “figura paterna” de Augusto Pinochet.

Por otro lado, la Concertación, como coalición política, sufre una fractura en su ejercicio de legitimización de la racionalidad socio-técnica y tecno-económica de las políticas neoliberales, con el discurso de la “reconversión y reestructuración económica inevitable” (asimilado a la idea de modernización), y en la práctica de legitimación de/por un “sentido común” neoliberal que involucra la descomposición del rol del Estado, de lo público, como fuente de bienestar social.

El legado dictatorial que cobra expresión en abrir la matriz de desigualdades sociales por parte de la desregulación del mercado y la transformación de los derechos sociales en servicios privados, es parte de la fractura que se abre en el discurso de relegitimación de esta coalición, además de sus vínculos y permeabilidad ideológica a un elemento estructural de identidad de/con la dictadura: su relato de “eficiencia” y modernización económica en la puesta en práctica del neoliberalismo por parte del grupo de los Chicago Boys frente a la amenaza del “caos económico” socialista de la Unidad Popular (1970-1973).

Por ello es que “la obstinada dictadura” vuelve, en esta ocasión, para recordar “quiénes” son aquellos que ejercen el poder (en su completitud biográfica), y para situar una interpelación a la coherencia lógica de la “historia oficial”, su distorsión, el comportamiento de sus actores y sus producciones de discurso, dejando un amplio espacio a nivel simbólico para que retorne lo reprimido en el mismo ejercicio del poder.

Por otra parte, más que de partidos políticos, sus programas y una lucha democrática constante de un “ethos republicano”, etcétera, el imaginario social, como formación ideológica, está cargado y marcado, por un permanente reacomodo e innovación de la clase gobernante y de la clase política, en función de los procesos sociales en curso.

La sociedad desplaza y moviliza, dinamiza y problematiza la política, su ejercicio y su legitimidad. Pero aun así, en vez de pensar en el “sujeto-racional-ciudadano ideal”, contamos con contradictorias formas de organizar y colmar de sentido “nuestras” decisiones, lo cual también está enmarcado en un contexto disciplinario y de control, y es ahí más bien donde la “innovación”, como mecanismo de construcción y políticas de la verdad en el plano discursivo, vuelve central las instituciones y las estructuras sociales de producción de “verdad”.

Mientras el conflicto entre “verdad-no verdad” aflora en el campo memórico de la política, el “extrañamiento” ante “x” se extiende como síntoma subjetivo del problema del “llenado”, como la identificación de una falta –“algo falta”–, y de una “distancia” y un “distanciamiento”.⁵ Este distanciamiento insta al poder a generar estrategias para reforzar, por medio de ejercicios y prácticas de evocación y saturación visual/cognitiva (la “experiencia visual” en Benjamin), la reproducción de los códigos y contenidos que sostienen la relación del modelo de dominación imperante.

La “voz en *off*” se superpone a esa narrativa de imágenes y contenidos sobre el pasado, para otorgarle su interpretación y explicación “lógica” y “natural” (izada), desde el “ahora”, yuxtaponiéndose desde “otro lugar”, desde *un más allá*, a la imagen presentada a la *rememoración*, con una nueva posición de los sujetos de enunciación.

La historia, la “historia oficial”, representa en este sentido una construcción de legitimidad y de legitimación embebida del presente. A modo de ejemplo, nos centraremos en tres casos en que el ejercicio de la “voz en *off*” está presente en el ordenamiento simbólico de la memoria. Consideramos tres estrategias distintas ante el regreso del pasado en la política en Chile, las cuales son identificadas por medio del delirio, la falsación y el luto, en el caso de los últimos cuatro años en el país.

DICTADURA, DISTORSIÓN Y FANTASÍAS. HEGEMONÍA DE SENTIDOS

A comienzos del 2012 se evidenció la propuesta del ministro de educación Harold Bayer de cambiar la palabra “dictadura” por “régimen militar” en los currículos de educación básica hasta su sexto año, en la asignatura de “Historia de Chile”. Esto obviamente suscitó un debate y discusión con respecto a ¿qué palabra/concepto define a cabalidad una parte de la historia que está marcada por una apropiación e internalización contradictoria de sus actores, de sus clases sociales?, ¿puede haber en el lenguaje un consenso en la definición, o no será ésta una de las entramadas problemáticas relativistas para la definición de las experiencias históricas? El traslado al “teatro del pasado” es el gran esfuerzo político en esta discusión, la cual involucra poner en cuestión el “sentido común” y la experiencia colectiva de una sociedad completa, liberar energías y discursos que estaban reprimidos en una realidad que los acalla y los hace estallar, concentrándolos y localizándolos en el centro de la *polis* y de “la civilidad”.

⁵ Aquí es clara la evocación a Benjamin y su concepto de “Aura”, en tanto efecto de un trabajo de arte siendo únicamente presente en tiempo y espacio. Esto obviamente está conectado con la idea de *autenticidad* (Benjamin, 2007:217-252).

La intensa necesidad de rememorar un pasado que instalaba una “marginación simbólica”, en presente, implica en la esfera de la producción de la política y del discurso de un grupo de ultra-derecha en particular, la incitación a movilizar un proceso del *renombrar* como forma de exculpación social y legitimación. En contra de toda la evidencia empírica, el cinismo de la clase política, en tanto eco de la estrategia cínica de la ideología contemporánea, promueve esta incitación que apela a construir una nueva fantasía para borrar su culpa, con el objetivo (delirante) de legitimar, con una “simple” transformación semántica del marco de interpelación (la palabra “dictadura”), el regreso de lo reprimido en su comportamiento político bipolar: la presencia del legado dictatorial y la tradición de la casta civil-militar-empresarial que apoyó la dictadura y al dictador Augusto Pinochet.

En este laberíntico dilema, ¿cuál fue la solución que articularon estos sujetos a la *tensión conflictiva* entre su aprobación “interna” de identificación imaginaria con el “ello”, y la identificación simbólica con la aversión “superyoica” de la sociedad-civil contra la dictadura? El delirio y la psicosis por medio de una “política de la verdad” en la distorsión de la memoria y la realidad (Žižek, 2004).

Cuando Freud define el delirio en 1911, intenta romper con la idea del delirio como patología, como “producción mórbida”, y más bien lo analiza como “tentativa de curación”, como una reconstrucción del mundo exterior por restitución de la libido a los objetos. Esta reconstrucción estaría privilegiada por la paranoia y la neurosis, y sería posible por el mecanismo de la proyección, donde “lo abolido” y “lo reprimido” dentro, vuelve al sujeto “desde afuera”. Esta definición pone al delirio al nivel de un síntoma, es decir, como una formación sustitutiva, en donde sus condiciones de aparición son dependientes de un mecanismo general (de defensa) común a las ya mencionadas neurosis y psicosis.

En el delirio, el “retorno de lo reprimido” y el síntoma en/con el que se manifiesta estarían vinculados más que a precondiciones biológicas, a condiciones biográficas particulares, las cuales son exaltadas en un contexto social determinado. La proyección sería, en este caso, un mecanismo de defensa del “yo”, en cuanto a su identificación imaginaria con otro, y su operación de falsificación psicótica de la realidad: en la psicosis el “ello”, como conjunto de fuerzas pulsionales, arrasa con el “superyó” y sus demandas del “mundo exterior”.

Si transponemos “el delirio” al discurso político sobre la dictadura militar, resulta obvio preguntarse ¿cómo *oscular* en el lenguaje los trastornos, condiciones, rupturas, consecuencias y traumas que implica la lucha de clases de la historia de Chile?, ¿no es parte ella misma de este inagotable proceso en la sociedad capitalista de parte de los poderes dominantes de invisibilizarla y de esconder la atrocidad de sus consecuencias?, ¿y no son estas consecuencias las que hoy debilitan y lo vuelven al borde la

superficialidad? Esta es la sintomatología de un delirio paranoide, un delirio que no es explicativo, sino que muestra la morfología ideológica de la clase dominante. Y es que exhibe parte crucial de las tareas y el ejercicio de la ideología en “[...] las formas en que la dominación puede trabajar en contra de los intereses de las personas por medio de estancar y disminuir su poder de juzgar, y por medio de la falsificación, distorsionando y reduciendo su percepción de sí mismas y su comprensión de sí misma” (Lukes, 2005:123-124).

La pregunta que parece concurrir entre el delirio, la distorsión y la falsificación, es la existencia de la posibilidad de la clase dominante de llegar a imaginar un *éxito*, lo cual involucra una estrategia premeditada, en su objetivo de falsificación, no-identificación con *el otro*, y/o es este hecho una muestra de un deseo reprimido proyectado a la sociedad: el origen de su fantasía.

En este caso el objeto de falsificación apunta a la constitución de una “hegemonía de los significados”, de acuerdo con la construcción *mitológica* de la realidad, en donde el mito trata de racionalizar “lo desconocido”, reprimir y castrar “la verdad” del otro. Para Benjamin “el mito”, en tanto factor de producción de experiencia y de reproducción social, constituye la “creencia en la primacía ontológica de un código específico, la escala que desciende desde la historia y lo político a la ley natural a las formas del ser” (Jameson, 2011:44). Si consideramos la visión de Benjamin acerca del mito ¿será posible producir un “mito”, como falsación de la realidad, a modo de “creencia” que pueda compartir una sociedad pese a haber experimentado recientemente su falsedad?

Según el historiador Gabriel Salazar, “[...] los hechos históricos de los pobres tienen [...] más *tejido humano* involucrado que los hechos normativos de la gobernabilidad. Movilizan, por lo mismo, mayores y más grandes masas de historicidad social. Procesos lentos de historia profunda” (2003:165-166). La contra-memoria tendría este carácter insurreccional, ya que “el conocimiento popular que constituye la contra-memoria trabaja en contradicción con el material oficial que tan a menudo se convierte en la ‘verdad’ de un periodo histórico y una formación política” (Berlant, 1991:6).

En su complemento podríamos decir con Wallerstein y Balibar (1988:16), que la reproducción de este tejido humano se encuentra articulada y sujeta a “la propia identidad de los actores”, la cual “depende del proceso de formación y mantenimiento de la hegemonía”. Entonces la lucha por la hegemonía (de sentidos), como “Bloque histórico”, para el gobierno sólo puede ser promovida desde un vacío de los significantes anteriormente contruidos por este tejido humano, no de su borrado, sino de su “olvido”, y la promoción de focos de construcción de identidad no sentados en esta rememoración y experiencia de “los hechos históricos de los pobres”, de “los otros”, “los subalternos”, “los nadie”.

Pero ¿qué pasa cuándo “el olvido” no obtiene resultados como estrategia de construcción hegemónica? Si la memoria constituye la posibilidad de grupos en la constitución de sus autodescripciones, entender el mundo y estructurar sus motivaciones (Baumeister y Hastings *et al.*, 1997:27), la relación entre identidad y hegemonía permite captar tanto la articulación y sutura de significados, de forma de moldear el “yo” a ciertos marcos de coherencia interna, como también el proceso de construcción de significados. Este último implica serias dificultades, lo cual produce un comportamiento esquizofrénico de parte de los sujetos que *mistifican* y tratan de “vivir del mito”, mientras la respuesta social del *tejido humano* es negativa a internalizarlo y superponerlo como verdad ante la experiencia biográfica-histórica de, por ejemplo, haber “vivido una dictadura”.

Entonces, más bien sucede lo contrario a lo esperado por el ejercicio de distorsión del pasado. Esta “promoción del olvido” interpela la memoria y produce: *a)* un retorno al pasado, y en ese plano la demanda por una nueva *suturación* que vuelve dinámico el flujo de información y datos referentes a la dictadura, lo cual *b)* expone públicamente el intento de “olvido” y el delirio de la “resignificación”, así como la estrategia de falsacionismo y distorsión en complicidad con el *horror*. Y en este plano ¿qué pasa cuándo la rememoración “en un presente democrático” tiene en su gobierno a antiguos aliados de la dictadura militar? La respuesta está dada no desde el plano rememorativo biográfico, sino que desde el delirio del poder de “poder cambiar la historia”.

Cuando Slavoj Žižek se interroga respecto al mito, se concentra en el mito de *Edipo*, ya que “todos los otros mitos freudianos son variaciones de éste, aunque necesarios”. Al preguntarse por la fuerza y resonancia libidinal que mueve a las personas a traducir y metaformizar la narrativa de Hamlet (como modernización del mito originario de *Edipo*), nos damos cuenta que estamos ante: “el mecanismo de desplazamiento inconsciente bien conocido por Freud: algo que es lógicamente *temprano*, es perceptible (o deviene de esta forma, o se inscribe a sí mismo en la textura) sólo como tardío, secundaria *distorsión* de alguna supuesta narración original” (Žižek, 2011:11).

La lección que se obtiene de identificar esta característica intrínseca del mito, y “quizás la propia ingenuidad mítica, sirve para ofuscar algún *conocimiento* prohibido, en última instancia el conocimiento sobre la obscenidad paterna” (Žižek, 2011:12) que, en su relación con el totalitarismo, pone cara a cara la relación entre el dictador y sus soportes de legitimación.

En este sentido, la actitud de la clase política resuena como una respuesta *mitológica* a una “voz en *off*” que proviene de un imaginario social compartido, un “sentido común” que en su mirada condena la dictadura militar, como parte del triunfo de una hegemonía *igualitarista* y *democrática*. Esta situación hace que el delirio de Bayer tenga esta dualidad en esconder y desplazar la obscenidad del padre:

- a) El re-nombrar se instala como mecanismo psicótico al intentar, “desde fuera de escena”, resignificar la dictadura militar como un “régimen militar”, sometiendo al ejercicio cognitivo e ideológico más radical en términos disciplinarios: reinventar la historia desde la narrativa de una fantasía con el poder para hacer la obscenidad *acceptable*.
- b) Entrando dentro del campo de “lo aceptado socialmente” de forma delirante, se impulsa la fuerza dispositiva del acto de “nombrar” para *transformar* la realidad, y dar cabida al “perdón-sin perdón”, es decir, una “plaga de fantasías” que trata de esconder el *saber prohibido* de “lo que todos sabían”, pero que (supuestamente en búsqueda de exculpación) “nadie supo”, referente a lo que hizo la dictadura militar, sus consecuencias y su ilegitimidad.

Si consideramos por una parte los asesinatos, torturas, desapariciones, exilios, etcétera, y por otra la lógica antidemocrática, el golpe a Allende, etcétera, los actos de la dictadura militar escapan al debate de concentrarse en “un régimen” frente a una “dictadura”. La rememoración de la historia, el tejido social y la profundidad de la rememoración ha incorporado este conjunto de hechos como dictatoriales, y la identificación política de un sujeto sólo puede asumir una carga negativa desde la hegemonía *democratista liberal*.

No hubo posibilidad de “curación” y *suturación* para el gobierno de Piñera (2010-2014), ni para el presente de la coalición de derecha (UDI-RN) y los colaboradores civiles de la dictadura, y menos aún la posibilidad de hacerse de una “hegemonía de significados” en la construcción fantástica de la realidad y la historia.

El síntoma más gráfico de esta derrota es la contradictoria negación de Piñera del legado dictatorial, al aprobar la política neoliberal, de privatizaciones, despojo, etcétera, y condenar la violación a los derechos humanos de parte de la dictadura, lo cual será coronado en septiembre de 2013 con el cierre del Penal Cordillera, el cual servía como centro de detención en condiciones de privilegio a ex militares acusados de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura desde el 2004, gracias a la creación por decreto Ley del presidente Ricardo Lagos (PS).⁶

⁶ Esta medida no dejó de tener un carácter espectacular, ya que si bien el penal Cordillera fue cerrado, los nueve reclusos fueron trasladados al penal Punta Peuco, creado por el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle (DC) en 1995. Este penal también es una “cárcel de élite”, en comparación con los demás penales en Chile, que sólo se utiliza para violadores de derechos humanos durante la dictadura militar.

Es así como, por otro lado, este democratismo juega un doble nivel de “mirada de pasado en presente”: también constituye e impregna una mirada de la “violencia política” por medio de códigos como la tolerancia y el diálogo que fueron y son reproducidos cínicamente como base de la ideología dominante.

Para ejemplificar aún más el carácter predominante y conflictivo de la rememoración en Chile, a continuación nos interrogamos ¿cómo reacciona la “voz en *off*” en la rememoración de quienes se opusieron a la violencia de la dictadura por medio de la violencia armada?, ¿qué dice el democratismo liberal como espectro fantasmagórico de descifrar las prácticas de protesta y guerrilla que desafiaron la violencia del Estado?

VIOLENCIA POLÍTICA. ENTRE BENJAMIN Y ŽIŽEK

Durante marzo y abril de 2013, Guillermo Tellier, secretario general del Partido Comunista, confirmó su participación en el fallido atentado a Pinochet el 7 de septiembre de 1986, como encargado de la relación de coordinación entre el Partido Comunista (PC) y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), que fue quien ejecutó esta operación. El FPMR era una organización que funcionaba como colectividad armada, dependiente del PC, que en su prohibición e ilegalidad, establecía la consigna de la lucha armada contra la dictadura como forma válida de resistencia y de toma del poder.

Los objetivos que encontraba el PC, al realizar Tellier esta afirmación, fueron los de: *a)* generar un acuerdo político, programático, con la coalición concertacionista (quien había estado en el poder desde 1990-2010), con miras a las elecciones parlamentarias y presidenciales, en busca de mayores cuotas de poder en un eventual gobierno; y al de *b)* generar una base electoral en los movimientos sociales de mayor avanzada que iban en contra del modelo neoliberal, como conjunto, y por lo tanto, del legado dictatorial de Pinochet, con el fin de generar una mejor posición de negociación en los acuerdos electorales y programáticos.

La intención del PC de establecer un posicionamiento ideológico, como “capital simbólico positivo” en el imaginario radical de los movimientos sociales, con miras a lograr empatía y legitimidad en su seno, generó efectos políticos inmediatos, indirectamente, de la clase en el gobierno, la cual se vio a sí misma interpelada y, en medio de la presión del capital simbólico negativo constante, a reformular una defensa cínica a “la vida” del dictador.

La “violencia” pasa a ser el elemento en cuestión. Si nos acercamos a este tema desde la visión dialéctica de Benjamin de la historia, como “el sujeto de una estructura cuyo

sitio no es homogéneo, un tiempo vacío, pero un tiempo llenado por la presencia del ahora (*Jetztzeit*)” (Benjamin, 2007:261), tendremos una pista para entender la histórica lucha y la compleja red de significaciones creada entre los bloques políticos existentes, con el objetivo de descifrar y “nombrar” la violencia.

Para la clase gobernante, “anteriormente” atravesada por su apoyo a la dictadura militar, la evocación de “la democracia” constituye el pilar de referencia para denostar “la violencia”, y por ello invalidar y criminalizar al Partido Comunista como antidemocrático y terrorista. Es el ejercicio de lo que en Argentina se conoce como la “teoría de los dos demonios”, la cual pretende equiparar la violencia de las organizaciones armadas en la década de 1970, con el ejercicio de la violencia de Estado y una lógica de justificación y exculpación de la imposición de la dictadura militar.

El *democratismo* se impone como lo que Jameson (2011:47) llama una “meta-narrativa” inconsciente de la historia, que da paso al trabajo en el imaginario colectivo, en virtud de una reificación y separación, que intenta transformar los hechos en imágenes (lo que equivale a decir en objetos), que se encuentran sujetos a la relación de poder y la *alegoría épica* de “la transición democrática”.⁷ El sujeto humano ya no es nombrado como “sujeto político” sino como “sujeto de consenso”, lo cual ejerce su *constricción* “en presente”.

Pero anterior a ello, la *espectacularidad* constitucional había supuesto la clausura de la dictadura militar y el inicio de la legitimación democrática (soberana y popular) de un “dictador constitucionalista”, con un fraude electoral de por medio, lo cual implicaba que el ataque al dictador era un ataque a la nación que “se expresaba democráticamente”.

De acuerdo con el caso específico del atentado a Pinochet, o los llamados “ajusticiamientos”, especialmente en el caso de Jaime Guzmán en 1991, la idea de imbuir el ejercicio de la violencia, con “el daño” y “el padecer” de una víctima nacional-societal, es parte de una operación ideológica que desplaza “el dolor” a un sujeto-ideal que está atravesado en su construcción por el imaginario social democratista: el ciudadano racional-liberal chileno.

⁷ Este ejercicio de la “meta-narrativa”, está cercano a la definición gramsciana de “bloque histórico”, lo cual a la vez constituye parte de un trabajo de investigación, entre Benjamin y Gramsci en el caso de formaciones sociales en América Latina, entre el mito y la hegemonía. Recomendamos el texto compilado, y en cual también son autores Calello y Neuhaus (2010), especialmente los dos primeros capítulos que trabajan estos temas con el caso de Venezuela y Argentina, y de violencia reprimida en contextos como los latinoamericanos.

Cuando se revisa el tema del “terrorismo de Estado” en el caso de la huelga de hambre del pueblo mapuche, analizamos lo sintomático del Estado y la democracia en la aplicación de la Ley Antiterrorista (Julián, 2011:1-30). En este caso la “violencia” del pueblo mapuche era considerada una violencia política, una agresión contra la seguridad pública, la instalación del miedo en la sociedad, etcétera, a la vez que el Estado ejercía la violencia contra comunidades mapuches, con allanamientos y penas de cárcel, sin soluciones democrático-institucionales, como hubiera sido el reconocimiento constitucional del pueblo mapuche y la ratificación del convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo.

El *democratismo* escondía en su sentido constrictivo y de justificación de la aplicación de una ley dictatorial, el desnudo de la fantasía democrática que moviliza la *ficción social* originaria en Chile: la democracia formal, como “gobierno del pueblo”, no existe más que como mecanismo institucionalizado e instituido para el ejercicio del poder y de la dominación de un grupo sobre otro.

En el ámbito de la rememoración de la violencia política el caso no es distinto, cumple dos objetivos centrales en lo que podría ser una estrategia lacaniana de atravesar la fantasía:

1. Reconstruir y visibilizar la fantasía constitucionalista del ejercicio de justificación y legitimación de discursos políticos aún dependientes del legado dictatorial.
2. Posicionar el ejercicio de la “violencia” como ruptura con la fantasía democrática constitucional, por medio de la visibilización de las constricciones de la Constitución de 1980.

Por ello “la violencia”, más que constituir en realidad una agresión al *ethos* democrático y a la “meta-narrativa” dominante, es más bien una re-apropiación de los sentidos hegemónicos promovidos para entender el régimen político, su funcionamiento y su “legitimidad” a agredir-responder: *a)* las amenazas de desestabilización del *statu quo*, y *b)* la promoción de aceleración, modernización y democratización de las instituciones del Estado y de la economía.

Con un radicalismo democrático en su seno, que impulsado por “la real democracia” se activan otros censores del sistema político y comienzan a movilizar, no tan sólo el flujo entre la violencia política y simbólica, al Estado y la sociedad civil, etcétera, sino que a sus aparatos de justificación y poder, lo acompañan nuevas prácticas civiles de democratización, diálogo y participación.

Aun así, y para cerrar este apartado, la narrativa de los políticos que apoyaron la dictadura militar (entre ellos la candidata a presidenta y ex ministra del trabajo Evelyn

Matthei) implica una “validación de la violencia”, la cual se justifica en la rememoración de “el caos-allendista” que *amenazaba* la democracia, la vida y la sociedad. Ergo, la violencia se justifica cuando la democracia está en riesgo. Pero ¿qué ocurre cuándo esta “democracia” es una ficción basada en un montaje de la clase dominante?

Debemos acordar con Slavoj Žižek que el ejercicio de “anatemizar la violencia, condenarla como “mala” es una operación ideológica por excelencia, una mistificación que colabora con la invisibilización de las formas fundamentales de la violencia social” (Žižek, 2013:244), lo que, de una u otra forma, constituye una operación permanente del proyecto dominante de democracia, el cual sólo es sostenible por el ejercicio de una violencia “ultraobjetiva” o sistémica, “inherente a las condiciones sociales del capitalismo global y que implica la creación ‘automática’ de individuos desechables y excluidos” (Žižek, 2013:25).

Creemos que esta “operación ideológica” puede ser ejemplificada con un caso ocurrido en junio de 2012, cuando en medio de las protestas estudiantiles y el contexto de movilización social, Magdalena Krebs, directora del servicio de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), envió una carta al diario *El Mercurio*, en donde se refería a la importancia del Museo de la Memoria, ya que según su opinión:

[...] sería valioso que sus visitantes comprendiesen, por ejemplo, que entre muchos de los factores que contribuyeron a la destrucción de la democracia, tuvo un rol significativo la violencia imperante. *A la luz de la contingencia que vivimos hoy*, sería una gran contribución que el museo explicara los hechos anteriores al golpe, pues pondría una nota de atención sobre los límites, la necesidad de cuidar las formas y los procedimientos democráticos (*El Mercurio*, 23 de junio de 2012).

Lo que Krebs quería recalcar era que la violencia, incorporada en el presente como una práctica de una sociedad polarizada y clasista, podía ser el ingrediente necesario para “acabar con la democracia”. Pero esta preocupación, lejos de estar movilizada por el *democratismo*, esconde el profundo sentido constrictivo y *justificadorio* de la dictadura, como una “necesidad objetiva”, de la cual *el público* no estaría instruido e informado:

En ese sentido, la opción que tomó el museo en cuestión, de circunscribir su misión sólo a las violaciones a los derechos humanos, sin proporcionar al visitante los antecedentes que las generaron, limita su función pedagógica. La no existencia de consensos sobre la historia no exime al museo de su responsabilidad de ofrecer una visión amplia (*El Mercurio*, 23 de junio de 2012).

La triada expuesta por Krebs entre democracia, violencia y consenso, es producto de un proceso de rememoración que se encuentra consciente de su propia posición de sujeto y de los discursos que activan el “debate público”: desde “los protectores” de la democracia a “sus defensores” por medio de la dictadura, siempre que “fuese necesario”. La invocación del pasado aquí se hace para poder escapar a la conflictividad del presente, para cerrarlo, para disminuirlo a la circularidad y la repetición de la historia, identificando como amenaza y configurador del *Caos* al proyecto “democrático radical” de los movimientos sociales, los cuales desafían la operación de violencia y criminalización del Estado a sus prácticas, mientras este último se niega a reconocer como interlocutor a la “sociedad civil”.⁸

El Museo de la Memoria “tiene por misión dar a conocer las violaciones sistemáticas a los derechos humanos cometidas por agentes del Estado durante la dictadura”, según afirmaba su director Ricardo Brodsky en respuesta a las declaraciones realizadas por Magdalena Krebs. Este museo fue inaugurado por la presidencia de Michelle Bachelet (PS) el 11 de enero de 2010, lo cual puede ser entendido como parte de la estrategia de proyección de identificación que la Concertación sostuvo en la generación de un patrón electoral con su discurso de legitimación democratista “contra la dictadura en dictadura”.

Lo que quedaba claro es que la existencia del museo involucraba un silencio, del cual el Estado no volvería a hablar más que en términos de la “imposibilidad de consensos” con respecto a la historia. Este silencio es necesario para establecer la “unidad”, es la pérdida de significantes, su desplazamiento y su olvido. El museo, en su quietud patrimonial y como objeto de la disputa de un presente tensionado por los conflictos sociales, pasa a ser *desvalijado* por las fuerzas de la historia y la rememoración distorsionada en la “defensa de la democracia”.

Reconocer en el gobierno de Salvador Allende, en el proyecto de la Unidad Popular y en el golpe militar, el verdadero límite de la democracia bajo canales institucionales *pacíficos*, constituiría el acto por excelencia para romper “la unidad en el silencio”, lo cual involucraría distinguir y problematizar en qué consiste la democracia y a quién beneficia esta concreta expresión de lo que en el presente entendemos por democracia, lejos de una rememoración nostálgica y romántica del *allendismo*.

⁸ Referente a este tema es atingente nuestro esfuerzo exploratorio por analizar los *Intentos de producción de verdad sobre el caos*, referente al “fantasma terrorista” y la “amenaza de la guerra civil” (Julián, 2013:10-18).

El debate en filosofía política debe ser intenso en esta materia, especialmente en el tema de (¿qué es?) la democracia y (¿cuáles son?) sus síntomas, mas para nosotros lo importante es concentramos en la esquizofrenia simbólica de las narrativas, las cuales no pueden ser reducidas al *democratismo*, como concepto abstracto y coherente por sí mismo, sino que deben estar vinculadas con el posicionamiento de las clases sociales en su “figuración de la violencia”, “la democracia” y su noción/ejercicio del poder, lo cual implica restituir una fuerza signifiicante en la historia que ha tratado de ser cubierta por la hegemonía liberal: la lucha de clases.

DEL SILENCIO A LA EXHUMACIÓN: LA POLÍTICA DE *THE WALKING DEAD* EN SLAVOJ ŽIŽEK

La rememoración ha sido (y es) un asunto político. Con respecto a ello Benjamin señala que: “El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo es inherente al historiador que esté convencido de que ni los muertos estarán seguros ante el enemigo si es que éste vence. Y ese enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin en Sánchez y Piedras, 2011:21).

Claramente el encendido de la chispa podrá ser atribuido al historiador, como también a una sociedad que rememora su historia para entenderse a sí misma, y generar cierta coherencia interna y lógica de su propia existencia que le permita continuar su desarrollo metabólico. El tema es que este proceso nunca es un ordenado consenso o un equilibrado pasaje transtemporal para los grupos y colectividades que forman estas sociedades y la producción de sus interpretaciones.

La *rememoración* queda sujeta al presente y presa del futuro decía Benjamin. Lo rememorado, lo digno de rememorar, vuelve desde la condición de presente que indica el marco de posibilidades por las cuales algo se hace recordable. Lo provocativo y explosivo de la *rememoración* es que puede desarticular cierta unidad normalizada —como es el caso de la meta-narrativa del democratismo y su hegemonía como productor-organizador de sentidos—, y esto sólo puede hacerlo por medio de ir en contra del “impulso regresivo de recuperar” la “unidad perdida, dislocando el continuo imaginario entre el pasado y el presente”. Según Eagleton (1998:97), es precisamente “esta irrupción de la diferencia” en la cual “el pasado da un giro de 90° para hablar al presente, como advertencia de que el presente no debe repetirlo compulsivamente”. Pero ¿cómo no repetir el pasado si “los vencedores no paran de vencer”? Es en el foco de negatividad de “la victoria” de los vencedores; es decir, en “la derrota de los vencidos”, donde se encuentran apilados y sujetos los cadáveres que deambulan en el presente a modo de “mitos”.

Los “muertos”, inseguros del enemigo, son parte de un duelo no cerrado, de acuerdo con la “apropiación” del cadáver de los vencidos por parte de los vencedores: su historicidad, la tradición e incluso su materialidad. La pérdida no es asumida, no es cerrada, se torna melancólica y persistente, no tan sólo porque sea parte de un problema psíquico-imaginario de los sujetos en “aceptar la pérdida”, sino que “la pérdida” —el familiar muerto, el proyecto derrotado, la vida entera, etcétera—, tiene un sustrato material en los horribles casos de desapariciones, asesinatos y exilio de miles de personas durante la dictadura militar. Sin embargo, esta “pérdida”, y su falta de aceptación, va acompañada de “el silencio de los vencidos”, el cual consiste principalmente, en conservar la “unidad” y “legitimidad” electoral del presente, rechazando y renegando del proyecto político de la Unidad Popular —en el pasado—, a la vez que se realiza una apropiación iconográfica y mitológico-religiosa de Salvador Allende, como el mártir de la tradición reformista, democrática y socialista —en el presente.

Por otro lado, la imposibilidad de haber vivido el duelo post-UP estuvo dada por el cerco de violencia instalado por la dictadura militar para quienes habían participado directa e indirectamente en el gobierno. La imposibilidad de reconstruir desde el trauma, desde el exilio y desde la tortura, y de poder ver el núcleo de la pérdida, sus causas, sus errores (estratégico-políticos), están relacionados con la superación, por medio de la sublimación de un significante —de las prácticas sociales, económico, culturales y políticas— que había movilizó la acción y la interpretación de la realidad de este grupo: la lucha de clases.⁹

De acuerdo con esta sublimación, es posible entender “el silencio de los vencidos” como parte de la estrategia de distanciamiento que se produce en el tránsito desde las percepciones del *paraíso allendista perdido*, con un fuerte arraigo e identificación con el proyecto político socialista y clasista emprendido por la UP, hasta *el desterrado caos marxista*, de acuerdo con las percepciones de las “imprudencias” y los límites constitucionales, normativos, etcétera, por los cuales habría fracasado el proyecto socialista en Chile.

El distanciamiento involucra una movilización de la significación del periodo de la UP, como cómplice y condescendiente “aceptación intelectual” de lo reprimido —del

⁹ Aquí hay que hacer una distinción entre cada organización y partido político inspirado en sus propias interpretaciones de la lucha de clases. En ese abanico puede caracterizarse al Partido Socialista, del cual hablamos en profundidad en este texto, hasta el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el cual al contrario del primero, reconstituye post-golpe la primacía de la lucha de clases, como confirmación de su diagnóstico pre-golpe, lo cual realiza su secretario general, Miguel Enríquez en octubre de 1973.

caos marxista como discurso— puesto que “lo nombra, pero al mismo tiempo lo niega, porque rechaza reconocerlo y reconocerse en ello” (Žižek, 2001:255), sentando “el silencio de los vencidos” como un silencio a reconocerse en ellos.

Este “silencio de los vencidos” constituye el paso táctico de reinención del discurso de los partidos y grupos políticos que participaron del proyecto de la UP. El silencio y la omisión (respecto a la UP), la política de “verdad y castigo” en materia de derechos humanos, y la identificación positiva con el proyecto de “modernización neoliberal”, se configuran como los pilares para el regreso al poder de “los demócratas”, con lo que se genera un nuevo campo de distinciones en el plano ideológico, una nueva base de legitimación y una nueva proyección imaginaria, con respecto al “proyecto socialista” por medio del *transformismo* de la política.

En el caso específico del partido socialista (PS), la llamada “renovación socialista” de la década de 1980 (Nuñez, 1991), significaba un cierre del duelo, el fin de la pérdida y una resignación a su falta en la figura del cádaver sacro —del proyecto político— de Salvador Allende. Pero la multidimensionalidad que cobra “la falta” es aterradora para la formulación de los nuevos proyectos políticos pretransicionales a la democracia. La configuración de un marco de “seguridad y confianza institucional” debía respaldar el proceso de “transición”, donde el dictador Pinochet (y su obstinación) fuera complaciente con el cambio en el poder, lo cual significaba desbaratar “el socialismo” como proyecto societario, y colocarlo a la mano de la coalición de la Concertación (de partidos por la democracia), donde se sostenía la “unidad” como *leitmotiv*, incluso con la anterior golpista Democracia Cristiana. En este contexto ¿es el presente el que *obligaba a olvidar* o era el olvido el que había cobrado una nueva dimensión de persistencia del duelo? El mandato de *debes olvidar* (con el eco de “para avanzar”) había sido trasladado tanto desde el campo político de los victimarios como al campo de las víctimas. La voz en *off* de la historia cerraba la posibilidad de reconciliación con el pasado, por una reconciliación cínica y represiva en presente como soporte de legitimación del poder y de la “transición democrática”.

A modo de ejemplo, la “represión de narrativas” y de los “saberes sometidos” asociados con el caso del sindicalismo en Chile durante la dictadura, podemos decir con Frank Gaudichaud que: “bajo el pretexto, legítimo y necesario, de combatir a la dictadura dejaron a un lado la discusión sobre las causas y responsabilidades en el seno de la izquierda de la derrota de 1973” (2003:21).

En este caso el silencio y su prolongación responden a la internalización de la condición estructural de omisión: “no hablar para no hacer problemas”, en otras palabras, no tocar el espacio de la reconciliación cínica interclasista y la negación de la historia, promoviendo la dimensión tecno-económica del neoliberalismo con

el pensamiento económico dominante en América Latina en la década de 1990 (Chonchol, 1996:141-162).

La voz en *off* de la gubernalidad sostiene el imperativo de “no diferir, mejor consensuar”, lo cual se sostiene en las narrativas de los partidos políticos, porque la posibilidad de una “contra-voz” genera mayor complejidad para ejercer el poder.¹⁰ ¿Qué es entonces lo que “nos” hace hablar?, ¿cómo volverá la rememoración, lo reprimido? La obstinada dictadura vuelve como flagelo de los discursos de legitimidad conformados a partir de la *santificación* de los dictadores, la “inevitabilidad” teleológica del terror y la mitología del mártir “idealista”.

El resurgimiento de los movimientos sociales y la crisis de “la democracia formal”, son parte de “la decadencia neoliberal”, en tanto parte de un nuevo escenario en donde pujaban la exigencia por “un corte con la tradición”, un corte con “la realidad posible”, y “una nueva estrategia fragmentaria”.

Nuestro análisis en un texto anterior apuntaba a que: “se introducía, en estos tres elementos, la configuración de un nuevo ‘imaginario radical’, en cuanto a las disputas ideológicas por el reconocimiento de los sujetos en presente (en su vulnerabilidad estructural y sistémica) y en racionalizar/concebir el futuro, en cuanto problematización de un presente desintegrado y fragmentado socialmente” (Julián, 2013).

Este presente desintegrado y fragmentado es de donde proviene la demanda de “resucitar a los muertos” para dar coherencia a las voces que rompían el silencio del consenso. De acuerdo con Slavoj Žižek en su libro *Mirando el sesgo*: “si hay un fenómeno que merezca denominarse ‘fantasma fundamental de la cultura de masas contemporáneas’, es este fantasma del retorno del muerto vivo: el fantasma de una persona que no quiere estar muerta y retorna amenazante otra vez” (2000:46-47).

Por su parte, la permanencia de las estructuras sociales, como relaciones y articulaciones de poder, sostienen profundamente un sentido de *vacío e indeterminación* con respecto a las necesidades subjetivas de “certezas”, en cuanto a la constitución de la “verdad histórica”, como fetiche y botín de guerra, y una apertura a la especulación con respecto a la muerte de sujetos icónicos para la coherencia interna del desarrollo histórico de la sociedad chilena, su inscripción en “la tradición” y su prolongación.

¹⁰ En este caso pueden revisarse las declaraciones del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) referentes al carácter de la “transición política” y a la condena a la dictadura. O por otra parte puede revisarse, en la actualidad, la actitud de Michele Bachelet como candidata presidencial en las últimas elecciones, donde su “estrategia comunicacional” se trató y fundó en “no-comunicar”, al guardar silencio frente a temas y críticas políticas que podían desintegrar o fracturar su imagen y “carisma”.

[Como señala Slavoj Žižek, ante] la pregunta ingenua y elemental “¿por qué vuelven los muertos?”. La respuesta que da Lacan es la misma que encontramos en la cultura popular: porque no están adecuadamente enterrados, es decir, porque en sus exequias hubo algo erróneo. El retorno de los muertos es signo de perturbación del rito simbólico, del proceso de simbolización; los muertos retornan para cobrar alguna deuda simbólica impaga (2000:48).

La continuidad del pasado en el presente, en un sentido hegeliano de la exhumación, es la que impulsa la advertencia sobre “la repetición compulsiva” del pasado, lo cual fue parte de los relatos de la derecha pinochetista en su construcción del “fantasma terrorista” o su evocación de la inminente “amenaza de guerra civil” en Chile, mientras que los eslabones de permanencia y cambios post-dictatoriales han forzado la exhibición del cadáver de Salvador Allende y del (“legado” del) gobierno de la Unidad Popular.

La muerte de Allende re-encuentra vitalidad social en su *presencia*, cobrando corporeidad en la vigencia y permanencia de la estructura social y económica neoliberal-dictatorial, las cuales son las bases de la “seguridad y confianza institucional” con que la dictadura permanece “más allá de la muerte” de sus íconos: Jaime Guzmán y Augusto Pinochet. Las relaciones del sistema político han estado estancadas en la figuración de estos dos personajes, los cuales pueden ser vistos como los forjadores de “un nuevo orden” en relación con la vieja y “fracasada” matriz desarrollista, popular y socialista impulsada por Allende y la Unidad Popular. Es decir, “el retorno del muerto materializa entonces una cierta deuda simbólica que subsiste más allá de la muerte física... el retorno del muerto significa que no puede encontrar su lugar propio en el texto de la tradición” (Žižek, 2000:48).

De esta forma la exhumación del cadáver, su retorno, puede ser una nueva estrategia que restituye de presente el pasado. Pero ¿el cadáver de quién?, Nuestra respuesta está en la materialidad de las relaciones de la “lucha de lo oprimido” que han llevado en los últimos tres años (2011-2013) a la exhumación del cadáver de cuatro iconos de la política pre-golpista: Eduardo Frei-Montalva, Salvador Allende, Víctor Jara y Pablo Neruda. En este contexto la exhumación puede ser entendida como la acción conjunta de: *a)* “fuentes ilustradas” de búsqueda de la *verdad* sobre el *mito* que rodea la muerte; *b)* como la reivindicación alegórica de *mártires* que sufren su pasión en la encarnación de la melancolía, y/o como *c)* objetos que están sujetos a la pérdida del “significante inmanente” y a ser alegorizados en su preservación por la eternidad (Jameson, 1972:59).

La exhumación cobra además un carácter sociopolítico técnico: una jurisprudencia que en su momento fue endeble en determinar, como organismo de poder-fáctico-técnico (en el ejercicio de la autopsia), las condiciones y las causas directas del deceso,

lo que coloca a los muertos, en medio de la emergencia de los discursos e imaginarios clasistas, en la actualidad de la reproducción social de sus conflictos.

La permanencia del cadáver es distinta a su “regreso”. Ha estado invisibilizada por la incorporación de una memoria oficial que ha tratado de borrar el elemento conflictivo y constitutivo de la historia (la lucha de clases), por medio de una armazón ideológica de la clase dominante que ha vuelto a Allende parte de una mitología icónica y utópica del socialismo. Su expulsión de la racionalidad pragmática y eficiente del capitalismo neoliberal, lo sustrae al plano del *soñador* más que del *político*, lo cual significa la consumación de un doble asesinato al proyecto socialista, poniendo nuevas “bases” (la renovación socialista) como prisma de identificación de la “política popular” y “de izquierda”.

En este punto Jameson nos recuerda la estrategia de Benjamin, quien al apuntar al mito, cree que el sentido de cada hecho del simbolismo es en sí sintomático (Jameson, 1972:57). Por su parte, lo sintomático del mito envuelve una profundidad, también de carácter sintomática, la cual requiere ser atravesada, en presente, para *desmitificar* el mito desde sus efectos de producción de realidad (Eagleton, 1998).

Este atravesar el mito (Benjamin) es parte del significado de un reencuentro entre estos discursos mistificadores y el relato de las víctimas del terror, su visualización y su corporeidad, en donde la memoria transpone en su defecto el proceso hacia la identificación del “sufrimiento” como situación injustificable para el *democratismo*.

Desde esta permanencia de “lo punible” de la dictadura (el sufrimiento y el padecimiento), se superpone una ausencia y un vacío (político) que deja desnuda la figura de Allende y de la Unidad Popular ante la estigmatización de “utópica” y “caótica” por parte de la justificación golpista.

En síntesis, la pregunta de Krebs por “las causas del golpe”, renueva la voz en *off* de identificación silenciosa con el democratismo, y exhibe el carácter sintomático del mito de Allende —como figura “más allá de la lucha de clases”—, y a la nueva ideología del *democratismo* —la cual podría decirse con Gramsci constituyó el “bloque hegemónico” por excelencia en los últimos 20 años en Chile— en tela de juicio, a partir de la permanencia del legado dictatorial, y la toma de posición de los actores sociales y políticos.

La exhumación de Allende aparece ante este escenario como la restitución de una antípoda al neoliberalismo y el proyecto de la dictadura: es una sociedad que *requiere* un Allende, mientras que es su muerte *heroica* constituye la brecha entre “la necesidad” (deber) y “la posibilidad” (ser) representada en el “mal entierro”.

Esta contradicción es profundamente ideológica, más que propiamente práctica (sin la pretensión de disociar ambas), y si bien Marx y Engels celebraban en el *Manifiesto del*

Partido Comunista que “Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases”, deberíamos reconvenir que “la historia de Chile —en los últimos 40 años— es la historia de la lucha de clases tratando de invisibilizar y ocultar la lucha de clases”.

CONCLUSIONES: EXHUMAR LA LUCHA DE CLASES

Las estrategias presentadas en este artículo, las cuales transitan entre el falsacionismo, el luto y el duelo, exhiben una coherencia en redención de lo que Eagleton (1998:45) llama “el paisaje mortificado de la historia”. Este intento de redención no se realiza: “mediante su recuperación para el espíritu, sino al ser, para decirlo así, elevado al segundo poder: convertido en un repertorio formal, transformado en emblemas enigmáticos que encierran la promesa del saber y la posesión”.

La complejidad de las relaciones de poder subyacentes a la yuxtaposición de recuerdos y contraposición de saberes que involucran la conformación de una “verdad histórica”, se vinculan con los problemas que presenta la articulación de la hegemonía y la contrahegemonía en el campo político y en el espacio de la lucha de clases. El neoliberalismo democrático chileno es parte de este *gatopardismo* y *transformismo* (Moulián, 2001:141-144), de estas técnicas sofisticadas de *gubernamentalidad*, y de una red de poder que requiere de “la historia” para seguir amedrentando y subordinando “la tradición”.

El ocultamiento de la lucha de clases, del conflicto entre clases en la escena política, remplazado por modelos de cooperación y “consenso”, constituye formas de sobrellevar la inscripción del duelo y de *esfuerzos* de la clase política (dominante) de “no-repetir la historia”, lo cual asegura cierto “saber” y “posesión” al sujeto que sigue este patrón, acompañada de una idea de *éxito*, dentro del círculo de codificaciones de la ideología dominante —y la expresión de su “sentido común” en el espacio cotidiano—, como en la(s) experiencia(s), práctica(s) comportamiento(s) y campo(s) de la socialización.

Aun así, vemos que la *exhumación del conflicto de clases* es una práctica en curso y en constante mutación. Si bien las estrategias del silencio en la confrontación con las demandas de democratización, o la interpelación pública han sido eficientes en términos de reproducir las relaciones de poder en el plano propiamente estatal-electoral, el regreso de las clases sociales y de un imaginario con respecto al Estado —como protector y garantizador de derechos— implica una recomposición de la derrota simbólica sufrida en la hegemonía neoliberal: significa la reconstrucción y reconceptualización de “la justicia”, la política y “la dignidad”.

Estos significados emergentes y perturbadores de la clausura sociotécnica neoliberal son parte de las constelaciones de sentidos clasistas en construcción que imbuyen y son producto de los procesos de movilización, resistencia y organización social. Una red de tejidos intersubjetivos que recomponen la cadena de rememoración y transmisión de la experiencia y la memoria histórica, con nuevos procesos de identificación (clasistas) en condiciones de precariedad, pobreza y exclusión social.

Esta situación involucra nuevos desafíos para la clase dominante con respecto a *enterrar las clases*, como sujetos en el campo de la definición y actividad política, y como debate en el plano *académico*-ideológico, con miras a reforzar la relación de dominación de estos saberes y su praxis emancipatoria/crítica, a través de nuevas estrategias de movilización, coerción y repetición de las lógicas del consenso y la gobernabilidad fúnebre de los últimos 24 años.

Lo problemático para el bloque dominante y su coalición de partidos (la llamada “Nueva mayoría”) es que la exhumación de la lucha de clases puede colocar sus diferencias, como fracciones de clase, en la superficie de la esfera política, y comprometer así su “unidad de acción”, el núcleo de su identidad post-clasista, debido a la diversificación de las estrategias de ejercer (y perpetuarse en) el poder, en un contexto donde las exigencias por democratización y bienestar constituirán los pilares estratégicos del movimiento social y de los actores sociales en convergencia.

BIBLIOGRAFIA

- Agamben, Giorgio (2011), “¿Qué es un dispositivo?”, *Revista Sociológica*, vol. 26, núm. 73, pp. 249- 264.
- Barrio, José Manuel (2005), “Insurgencia y represión. Acerca de la teoría de los dos demonios”, *Revista Historia Actual Online*, núm. 8, otoño, pp. 91-104.
- Baumeister, Roy F. y Stephen Hastings (1997), “Distortions of collective memory: How groups flatter and deceive themselves”, en Pennebaker, James W.; Paez, Darío y B. Rime (eds.), *Collective memory of political events: social psychological perspectives*, Hillsdale, Nueva Jersey/ Inglaterra, Lawrence Erlbaum Associates, Inc, xi.
- Benjamin, Walter (2007), *Illuminatio*s, Nueva York, Schocken Books.
- (1989), *Discursos interrumpidos I*, Buenos Aires, Taurus.
- Berlant, Laurent (1991), *The Anatomy of Nationalism*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Calello, Hugo y S. Neuhaus (2010), *El fantasma socialista y los mitos hegemónicos. Gramsci y Benjamin en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- Chonchol, Jacques (1996), “Reflexiones sobre Chile: ¿hay alternativas al modelo neoliberal?”, *Revista Estudios Avanzados*, vol. 10, núm. 27, pp. 141-162.

- Eagleton, Terry (1998), *Walter Benjamin. Hacia una crítica revolucionaria*, Madrid, Cátedra.
- Franco, Marina (2005), “La ‘teoría de los dos demonios’: un símbolo de la posdictadura en Argentina”, *A Contracorriente*, vol. 11, núm. 2, invierno, pp. 22-54.
- Fuentes, Carlos (2013), *El fraude*, Santiago de Chile, Hueders.
- Garcés, Mario (2012), *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*, Santiago, LOM.
- Garreton, Manuel A. (2003), “Memoria y proyecto de país”, *Revista Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 2, pp. 215-230.
- (2003), *Incomplete Democracy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Gaudichaud, Franck (2003), “La Central Única de Trabajadores, las luchas obreras y los Cordones Industriales en el periodo de la Unidad Popular en Chile (1970-1973)”, *Análisis crítico y perspectiva*, Santiago.
- Hamacher, Werner (2005), “Now’: Walter Benjamin on Historical Time”, en Benjamin Andrew (ed.), *Walter Benjamin and History*, Londres/Nueva York, Continuum.
- Jameson, Fredric (2011), “Lecturas de Walter Benjamin”, *Revista Minerva*, vol. 4, núm. 17.
- (1972), *Marxism and Form; Twentieth-Century Dialectical Theories of Literature*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Julián, Dasten (2013), “La democracia formal y el fantasma terrorista. Una mirada a la paranoia estatal y su goce superyoico en Chile”, *International Journal of Žižek Studies*, vol. 7, núm. 2, pp. 10-18.
- (2011), “La huelga de hambre mapuche y la Ley Antiterrorista en Chile. Los síntomas de un Estado y sus dimensiones contra-éticas”, *International Journal of Žižek Studies*, vol. 4, núm. 2, pp. 1-30.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2014), *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso.
- Lukes, S. (2005), *Power. A radical View*, Hampshire, Palgrave Macmillan.
- Moulián, Tomás (2001), *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, LOM.
- Núñez, Ricardo (1991), *Socialismo: 10 años de renovación*, Santiago, Ediciones del Ornitórrinco.
- Salazar, Gabriel (2003), *La historia desde abajo y desde adentro*, Santiago, LOM.
- Sánchez, José y Pedro, Piedras (2011), “A propósito de Walter Benjamin: nueva traducción y guía de lectura de las *Tesis de filosofía de la historia*”, *Duererías. Analecta Philosophiae, Revista de Filosofía*, vol. 2 núm. 2, pp. 1-32.
- Wallerstein, Immanuel y Etienne, Balibar (1988), *Raza, nación y clase*, Madrid, Iepala Textos.
- White, Hayden (2002), “Prefacio”, en *Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios*, Madrid, Miño y Dávila Editores.
- Žižek, Slavoj (2013), *Sobre la violencia*, Madrid, Austral.
- (2011), *Did Somebody say Totalitarianism?*, Londres, Verso.
- (2004), *The Plague of Fantasies*, Londres, Verso.
- (2000), *Mirando al sesgo*, Buenos Aires, Paidós.